

ANUNCIAR SU PRESENCIA

Cuando uno entra en contacto de modo fortuito o por cualquier otra razón con tantas personas de tu entorno, caes en la cuenta que la gente quiere de muchos modos vivir de manera distinta, buscando otra cosa. ¿Será hambre de Dios? No hay por qué descartarlo, pues el ser humano es un abismo para sí mismo, pero tiene su intimidad y no deja de buscar razones para vivir; excavamos pozos continuamente en la estepa de nuestra vida, tantas veces sin agua. Da pena, pues, que en el ambiente se viva la ramplona vida que la sociedad nos ofrece, cansados de problemas irreales, de falsas verdades, de manipulación, de tanto “pan y toros”, o fútbol, o espectáculos para pasar el rato, cada uno con su móvil, enganchados como si no pudiéramos desprendernos de constantes noticias, chistes, chismes, polémicas estériles.

Estamos en Pascua, el tiempo más pleno del año. La resurrección de Cristo nos ha dado una vez más la frescura de su presencia en su carne resucitada, que nos abre a la eterna novedad del amor de Dios y a los hermanos, a una vida más llena en búsqueda de los demás, para conocerlos y amarlos como hermanos de una misma familia. Los cristianos tenemos que estar siempre abiertos a la posibilidad de lleguen hasta nosotros personas heridas que buscan consuelo, comprensión, y muestran heridas a sanar. Salir a ellas, dejando a un lado “nuestras cosas” no solo es una posibilidad, sino una ocasión propicia para ofrecerles la alegría del Evangelio. La forma de vida que nos muestra Jesús es válida, buena, posible y real, pues Él ha derrotado al egoísmo, a la envidia, a la malquerencia, al derrotismo del mal, que renuncia a bien común y a salir el encuentro de los demás. Basta leer en tiempo de Pascua el libro de los Hechos de los Apóstoles para ver cómo la primera comunidad cristiana vivía la nueva vida inaugurada por Cristo resucitado.

En palabras de un filósofo cristiano, “Los dolores y las esperanzas de nuestro tiempo se deben indudablemente a causas materiales, a factores económicos que desempeñan un papel esencial en el movimiento de la historia humana, pero en un plano más profundo se deben a ideas, al drama en el cual el espíritu está comprometido, a fuerzas invisibles, que nacen y se desarrollan en nuestra inteligencia y en nuestro corazón” (J. Maritain, *El alcance de la razón*). ¿Qué nos dicen estas palabras? Algo así como lo que comentaba san Agustín hace muchos siglos: “Hombre soy, entre hombres vivo. Y nada me es ajeno” (*Carta 78,8*). Para un cristiano nada de lo que le suceda al ser humano nos puede resultar indiferente.

El nuevo milenio ha traído consigo una serie de interrogantes: ¿Cuál es la condición del ser humano en nuestro tiempo? ¿cuáles son las preocupaciones que le inquietan y le atormentan? Pienso que hay para nosotros una invitación para ver, y conocer, para intentar *comprender*. Por ejemplo, es preciso comprender el despiste monumental de tantos padres a la hora de educar a sus hijos, cuál es su responsabilidad, cómo actuar cuando parece tan complejo que se respete el tipo de educación que han elegido para ellos. Porque los responsables en esa educación, en el ámbito público y en el concertado y privado, no tienen tan claro esa libertad de los padres y mantienen en ocasiones posturas arbitrarias. ¿Cómo no vamos a ayudar a los padres en esta encrucijada? Sobre el sentido y alcance de la educación

nos parece preciso señalar que ella no es solo una tarea de “producción”, “reproducción” o “apropiación” cultural, con una mirada más bien reduccionista, sino que ha de ser también “pedagogía”. Es decir, buscar el sentido primero y último de la educación: la formación del ser humano como persona. Es algo que recordé en el inicio de este curso pastoral en mi Carta “*Educación: arte y aventura*”.

Hay otros muchos campos en los que ayudar en esta época compleja y confusa en tantos asuntos. La luz no va a venir de soluciones políticas, sobre todo si son partidistas o ideológicas. Tú, como cristiano, tienes que ayudar en este campo, sin complejos. Tienes sobre todo que anunciar a Jesucristo, cuya persona, enseñanza y forma de vida da luz tan grande en tantos campos de la vida humana. Te animo a ese anuncio, a difundir la vida de Cristo, que tanto bien hace al corazón inquieto del ser humano.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España